

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 16 de Julio de 1915

AÑO XI

No se devuelven
los originales

Redacción y Administración: Plaza de los Tres Reyes, número 2

Número suelto
cinco céntimos

N.º 565

FELICES AUGURIOS

Si; España en su modesta posición y aislamiento; la vieja Iberia que papel tan brillante y sin igual representó en la historia del mundo, que tantos sacrificios, esfuerzos y tan glorioso apostolado realizó por la verdadera cultura, progreso y dignificación del antiguo, nuevo y novísimo continente: la España de nuestros embelesos y amores, surge a la vida internacional y, pese a quien pese, hoy se atrae las miradas del universo entero.

¿No ha conmovido vuestra alma de católicos, y de españoles esa poderosa e irresistible corriente de fervido entusiasmo que ha cruzado de levante a poniente y de norte a sur el suelo de la península, desde que nuestro Rey hizo el generoso ofrecimiento al Sumo Pontífice de prepararle conveniente hospedaje en El Escorial, si las circunstancias le obligaban a salir de Italia?

Digna, cual ninguna otra, es nuestra Patria de recibir tan augusto y soberano Huésped. Hemos recogido juicios y opiniones de hombres de

ciencia, de negocios, de creencias diversas y de otros que prácticamente no las demuestran y, con rara unanimidad aprecian y consideran tal acontecimiento si llegara a ser un hecho, como bendición de Dios y el principio determinante de nuestro resurgimiento moral y material. En cada español, por tanto hallaría Su Santidad un corazón sumiso, respetuoso y agradecido, un decidido y entusiasta admirador.

Librenos Dios de pretender medrar a costa del aniquilamiento y ruina de otros pueblos; pero si la guerra es el azote de la Justicia divina, con que castiga la apostasia y los pecados públicos de las naciones; si la horrible y sangrienta contienda europea ha de durar más, debemos unir la oración al trabajo, para conseguir que la única voz autorizada, y respetada aún, pueda ser oída por los dominadores de las naciones, sin sombra de recelo ni asomo de presión extraña, y esto solo puede verificarse levantándola el Vicario de Cristo desde España.

Desde El Escorial, el Pastor Universal de las almas puede enviar a todos los ámbitos y más apartados rincones de la tierra efluvios de caridad, recordando a los hombres su comunidad de origen y de fin. Desde ese Real sitio, testigo y monumento grandioso y elocuente del poderío y de la fe inquebrantable de un gran Rey, podría predicar y persuadir a los Legados de Reinos y de Repúblicas las ventajas de la paz entre hermanos e hijos de un mismo Padre. En El Escorial las exhortaciones y las súplicas del Vicario de Cristo serían bien acogidas, porque o la locura se ha adueñado del cerebro de los que manejan el timón de las naciones o éstas, digan lo que quieran, están horrorizadas ya de tanta devastación y carnicería.

Por el bien de la Humanidad, para que el Romano Pontífice pueda cómodamente desempeñar su divina y salvadora misión, hemos de pedir y procurar que el Sumo Pontífice venga a España.

Luis del Olmo

Al representante del Rey Pacífico



Benedicto XV

«Que el mundo anda cada día más destornillado y fuera de su natural carril lo decimos ya todos y no pasa momento que no lo confirme la experiencia» (Sardá y Salvany.)

Por una parte la pavorosa cuestión social que nubla los entendimientos más sutiles y no permite tranquilidad ni aun a los corazones más esforzados en presencia de los problemas espantosos que plantea; y de otro lado la sangrienta guerra actual «que trae a los pueblos sumidos en la miseria y a Nos angustiado y solícito» en frase de Su

Santidad Benedicto XV, hace ya más de ocho meses.

¿A qué obedecerán esos conflictos tremendos que amagan conminar hasta las más profundas bases de la sociedad? Dejaremos hablar a las dos lumbreras precitadas. Esas luchas no tienen más que un origen, enseña el insigne sacerdote catalán, y es la ausencia de la ley de Dios como regulador de las leyes sociales, lo cual equivale a decir destierro de Dios de la humana sociedad y pretender suplantarlo al Dios verdadero con el ideal humano del interés, del

egoísmo o del apetito endiosado. Por su parte el Pontífice reinante reconoce como causa de la presente luctuosísima guerra la no aplicación al gobierno de los Estados de las normas y de las prácticas de la sabiduría cristiana «que garantizaban la estabilidad y la tranquilidad del orden; por este motivo comenzaron como no podía menos de suceder, a vacilar en sus cimientos las naciones y a producirse tal cambio en las costumbres que si Dios no lo remedia pronto, parece ya inminente la destrucción de la sociedad humana» He aquí prosigue, los desórdenes que es-